

Ànima

DESEA A SUS LECTORES, ANUNCIANTES
Y AMIGOS, UNAS FELICES PASCUAS DE NAVIDAD
Y PRÓSPERO AÑO 1960

NAVIDAD

Esta mañana las campanas han volteado jubilosamente en todos los campanarios. En los de las grandes catedrales y en los de las iglesillas de los villorios. Al mismo alegre compás han sido tañidos, unas y otros, por sendas manos trémulas de devota emoción por el fausto acontecimiento. Unas y otras, tanto las sostenidas en los agudos remates de los templos góticos, como las colgadas en los romas torres de las ermitas románicas han anunciado la feliz nueva con el mismo sonar placentero.

En este alegre alborear de la gran efemérides cristiana un mismo sentimiento ha unido a todos los hombres, y como impulsados por un común corazón han festejado el mensaje de amor y de paz que desde la humilde cueva de Belén fue proclamado al mundo hace dos milenios,

Paz y amor a los hombres de buena voluntad, reza la leyenda angélica. Paz y amor a todos los hombres, entiéndase bien, sin distinción de razas, estirpes o categorías sociales. La única condición exigida es la bondad de corazón, el único precio para sentirse afecto a la divina llamada es la voluntad del bien querer, sin regateos egoistas. Por eso nadie puede considerarse eludido en la llamada. A ninguno le es negado el envite a la fraterna comunidad de paz que vino a predicar Jesús en este mundo.

Y para que quedara bien patente esa igualdad de destino de todos los hombres, y ninguno se sintiera carente de méritos para merecerlo, Jesús eligió la cuna más pobre, la más humilde. Sin pompas fastuosas, sin riquezas ni servidumbres palaciegas. Un simple y mísero establo le bastó al Rey de Reyes para venir a este mundo. Y por todo séquito, su Madre, San José, y la sumisa mansedumbre de una mula

y un buey. Mayor humildad no cabe. Y en ello radica la primera gran lección de Jesús al nacer. Lección que no deberíamos nunca olvidar y cuyo significado debería orientar siempre nuestros actos en todo momento y circunstancias.

Por eso en ese venturoso día todos nos sentimos más generosos, más cordiales, más inclinados al bien y al perdón. Ante la presencia del Niño en la cuna nos sentimos más hermanados con nuestro prójimo, y olvidamos, aunque sea tan sólo por una jornada, los rencores por los que nos hemos dejado llevar en los durcs avatares del vivir terreno.

Albricias y buenos deseos nos expresamos mutuamente en las fiestas navideñas. Las dádivas abundan, la alegría se nos contagia y nos comportamos como verdaderos hermanos de la comunidad cristiana.

Pero ¿por qué tan sólo durante un día? ¿Por qué no mantener constante el impulso cordial que en este día sentimos?

La mejor ofrenda que podamos hacer al recién nacido en la humilde cuna de Belén, cuya conmemoración hoy festejamos, es el propósito de persistir en el mismo anhelo de paz y mutuo amor que de nuestro corazón hoy rebosa, que el mensaje que nos ha recordado el alegre tañer de las campanas esta mañana resuene ininterrumpidamente en nuestros oídos y ahogue el ronco bramido del odio y el egoísmo.

Paz y amor a los hombres de buena voluntad. Ahora y siempre. En el goce y el infortunio. En las chozas y en los palacios. En el poderoso y el indigente.

Que en todos brille inextinguible la luz estelar que guió a reyes y pastores hacia la cuna de Belén hace dos milenios. Así sea.